





secuencias son las que nos afectan y precisamente en sus consecuencias es en lo que están divididos hoy los partidos liberales. Ciertamente que la revolución estableció un credo político; pero de este credo se han quitado muchas cosas, no se han incluido otras que al principio formaron parte de él y eso era lo que había que deslindar. De esta suerte, al hacer un llamamiento tan vago a todas las clases, el Sr. Sagasta se expone a un desaire, al desaire natural en quien brinda a una escursión por un camino nuevo y desconocido.

Y para que todo fuese ambiguo y desconocido en el discurso del Sr. Candau, concluyó diciendo que este camino era el que siguen los liberales; palabra la más genérica, ni de propósito buscada, especie de cebo, de ancla de salvación lanzada por la situación a los hombres egoístas o de poca fé, para que al agridado sonido de libertad, los que por hábito, que son muchos, siguen llamándose liberales, los que nunca se han parado a pensar que es eso de llamarse liberales, y si están igualmente de acuerdo con el liberal Sr. Figueras que con el liberal señor donque de la Torre, caigan en el lazo, y apoyen al conde de Sagasta en el gobierno.

No es, pues, maravilla que la circular, después publicada no acierte a fijar una política, mejor definida; ni que, dentro de los principios y de los fines de la actual situación, según la interpretación que bien podemos calificar de auténtica, hecha en las tablas del teatro del Circo, queden todas las ideas, sean posibles y justificables todos los cambios, todas las posturas, como sucede en esos cronómetros marinos a los que una doble suspensión permite guardar siempre una posición horizontal.

¿Tales son la doctrina, los principios y las aspiraciones del Gobierno; si algún elector, al votar por él, y después de haber estudiado la reunión del Circo, sabe decirnos que es lo que va a votar, merece un privilegio de invención.

Harto sabemos que el Sufragio universal, no permite a los electores dedicarse a tan peligrosos estudios.

El Gobierno ha dirigido a los gobernadores el siguiente telegrama, que ellos por su parte se han apresurado a publicar a son de bombo y platillo. He aquí el texto del despacho telegráfico:

«La condición es rechazada en todas partes; de todas las provincias vienen noticias de la indignación con que se ha sido recibida hasta por los correligionarios de los que en Madrid la han proclamado. En Madrid, lejos de producir efecto, ha levantado el espíritu de los verdaderos liberales hasta el punto de que acaba de celebrarse en el teatro del Circo una reunión de los electores adictos al Gobierno, cuyo entusiasmo excede a toda ponderación.»

Jamás se ha conocido aquí una reunión, ni más numerosa, ni más levantada, ni más patriótica; después de nombrar el comité electoral, se ha disuelto a los entusiastas y repetidos gritos de «Viva el rey» y «Viva la Constitución». Los Sres. Pinedo, Candau y duque de la Torre han sido elocuentemente aplaudidos. El tema de sus discursos ha sido el siguiente: «No se conoce hoy en España la libertad sin el rey Amadeo, ni el rey Amadeo sin la libertad.»

El cuadro está bien trazado, el colorido perfecto, no adolece más que de un defecto: de que no hay una palabra de verdad en cuanto dice el telegrama ministerial, de que es una superchería de parte del gobierno decir esas cosas a la faz del país y tratar por ese medio de influir en el ánimo de los electores.

A la reunión del Circo de los Bufos, apenas asistieron mas que empleados públicos, obligados a ello con invitaciones, escritos repartidos por los jefes de las dependencias que equivalían a una orden conminatoria, cuya falta de cumplimiento había de traducirse en una cesantía inmediata.

Fue una reunión de empleados preparada de real orden. Sin esa circunstancia el gobierno no hubiera podido reunir en Madrid un centenar de personas adictas.

Mal debe andar la causa del gobierno y de la dinastía extranjera, cuando los ministros recurren a semejantes telegramas para sorprender y alucinar a los pueblos.

Leemos en *El Imparcial* del domingo:

«Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de cómo andan los trabajos electorales del Gobierno y la delincuencia que reina entre los elementos conservadores de la situación, vamos a referirles en secreto, por supuesto, una edificante escena ocurrida en el ministerio de la Gobernación entre el Sr. Mateu y un unionista de tomo y lomo.»

Encontrábase el Gran Elector en su poltrona, despa-

chando con el oficial encargado de darle cuenta de todo lo referente a elecciones, cuando se abrió la puerta de su despacho y apareció en el umbral la majestuosa figura del ex-ministro unionista.

—Por lo que acabo de oír, dijo el fronterizo, que no es sordo, llegó a tiempo, y a decir verdad, me alegro, porque así podré enseñar al comité y confundir a los que desconfían de Vd., sin más razón que la de quien hace un gesto hace un ciento; si le dan mil millones y tiempo.»

—Provincia de V... El gobernador en telegrama de anoche, dice que las elecciones se perderán por completo, porque ni por un ojo de la cara se encuentra un candidato de los que V. E. llama suyos.

El gobernador de B... telegrafía diciendo que los deseos de V. E. respecto a los unionistas quedarán satisfechos, porque nada es más fácil que ahogar candidaturas impopulares; pero que lo difícil es sacar uno solo de los amigos de V. E.

El gobernador de C...

—Esto es indigno exclamó el unionista: no necesito oír más para saber a qué atenerme; y ahora mismo voy a retirarme a mis amigos.

—Súplicas, promesas, amenazas, halagos, acusaciones, todo fue inútil, y los fusionados, después de ponerse como chupa de domine, se separaron enseñando los puños.

—Fado el histórico ministro en que el oficial con quien despatchaba comprendiera su apuro, sonrióse y alargando una silla a su mayordomo, le ordenó que continuase el despacho. Desgraciadamente, el empleado era sagastino, y creyendo que los deseos de su jefe eran efecto de una alteración nerviosa, y no señales de peligro, le preguntó con inocente inquietud:

—¿Está V. S. enfermo? Quiere V. S. una taza de té?

El Gran Elector contestó con un no seco y displicente, y haciendo un supremo esfuerzo reiteró la orden anterior, mientras el unionista sonreía maliciosamente, diciendo para su capote:

«O santidad simplicidad!»

Cogió el subalterno los papeles y con voz estentórea, que resonaba en los oídos de su jefe como la trompeta del juicio final, comenzó su trabajo.

A las anteriores noticias, y en corroboración de ellas, podríamos añadir el hecho ocurrido en cierta

provincia donde el candidato fronterizo ha sido desahuciado por el gobernador que a todo trance quiere sacar diputado en un distrito dado a un camalar.

De modo y manera que las elecciones de la coalición ministerial van a ser una especie de juego de cubiletes en que el prestigiatista ha de dar un camelo a alguno de los candidatos.

La rectificación que hace *La Correspondencia* del domingo 10 del corriente a las noticias que nos comunicaron sobre la admisión de tabacos habanos, Vuelta de Arriba, que habían sido desechados en la fábrica de Alicante, confirma cuanto habíamos dicho, si bien con la salvedad de que el jefe comisionado había obrado autorizado por una real orden expedida el día 19 de Febrero último.

De cualquier modo que sea, esta circunstancia no releva a la Administración de la gran responsabilidad que le resulta por haber infringido el artículo 11 del contrato que prohibe los escogidos; ni la circunstancia de carecer de tabaco en las fábricas autoriza para alterar ninguna de las condiciones, pues esto equivaldría a anular por su base la ley de contratación de servicios públicos. Si se admitiese como legal este procedimiento, ya sabían los contratistas el remedio para que les admitiesen los tabacos que no reuniesen las condiciones estipuladas. Con retardar las entregas para que las fábricas carboñeras de tabaco, tenían asegurado su negocio al venderlo a un precio fijo, se perjudicaba a los consumidores.

De todo esto resulta, que el jefe comisionado, al hacer lo que *La Correspondencia* asegura, se ha admitido tabacos en las fábricas de Alicante y Valencia que no reúnen todas las condiciones que marca la primera del contrato.

2.º Que se ha faltado a la condición undécima, haciéndose un escogido en los tabacos desechados, pues este procedimiento se ha ejecutado antes de que constase en la Dirección de Rentas el acta de reconocimiento.

3.º Que las labores han debido resentirse a pesar de lo que dice *La Correspondencia*, pues, a algunas de las circunstancias que, según la primera condición debe tener la hoja, es innecesaria, y en este caso no debía consignarse en el contrato, ó si lo son todas, es evidente que en las labores se han de reflejar los defectos.

4.º Que para ejecutar todo esto se expidió una real orden que no puede justificarse legalmente, si quiera se apoye en una circunstancia, que pudo y debió haberse evitado, previsivamente por la Dirección de Rentas.

Y 6.º Que los consumidores tienen que pagar como buenos, tabacos que según parece no lo son, pues no reúnen todas las condiciones estipuladas en el contrato.

Nos dicen de Cádiz que el sábado llegó a aquella ciudad procedente de Sevilla nuestro querido amigo el ex-general Sr. D. Eduardo Fernández San Roman, que ha merecido a la población la más sincera acogida.

Los periódicos de la plaza, *El Comercio* y *La Palma*, reconociendo las bellas cualidades que adornan a nuestro apreciable amigo, saludan cordialmente su llegada y expresan su sentimiento por que sea tan breve su permanencia en aquella ciudad.

Con efecto, según nuestras noticias el Sr. Fernandez San Roman, que no lleva a Cádiz más que un objeto que conocer aquella población, volverá muy pronto a Sevilla.

Ya se recordará que con motivo de la celebración del aniversario de la entrada del ejército alemán en París, el emperador Guillermo concedió recompensas pecuniarias a los generales y hombres de Estado de Alemania. En su consecuencia, parece que han recibido el príncipe Federico Carlos, el conde Moltke y los generales Roon y Manteuffel 300.000 thalers, 6 igual suma ha sido puesta a disposición del rey de Baviera y de sus generales. Otros cinco, entre ellos el general Goeben y Mr. Delbrück, han recibido 200.000 thalers cada uno. Otros doce generales y hombres de Estado han recibido cada uno 150.000 thalers, y se han dado asimismo 100.000 a los generales Oberritz, Fabricé, Blumenthal, Stiele y Hoesch.

El domingo último se verificó la anunciada revista de los voluntarios de la libertad, cuyo objeto aparente fué darnos a conocer el caprichoso uniforme de comandante general de las fuerzas ciudadanas, ideado, al decir de las gentes, por el marqués de Sardoal.

Como este Madrid es tan novelero y como era domingo, mucha gente acudió al gratuito espectáculo por ver la novedad, aunque ya ofrece poca el marcial aspecto de los ciudadanos convertidos en soldados.

No sabemos la impresión que en otros haría la revista; en nosotros produjo dolorosa sensación, no por que nos recordase la de 1843, sino por el aspecto de la concurrencia, que más mostraba curiosidad que entusiasmo, más indiferencia que animación.

La revista, cuyo objeto era conocido, ha sido para determinados intentos, un *comp manqué*, aunque no lo haya sido para el hábil sastre del joven marqués de Sardoal.

Una de las particularidades que más llamaron la atención el domingo al pasar D. Amadeo y su comitiva por la calle de Alcalá con dirección al Prado, fué lo ocurrido en un cuarto segundo de la casa donde está el café de Fornos.

Es el caso que habiendo estado asomado a un balcón un personaje muy conocido en Madrid, más de una hora antes de la llegada de D. Amadeo con el sombrero puesto, tan luego como éste apareció por la Puerta del Sol, entró en la habitación y volvió a salir al balcón sin sombrero, y así permaneció hasta que pasó la comitiva, volviendo a encasquetarse tan luego como ésta desfiló.

Entre los muchos curiosos que allí había y para quienes no pasó desapercibida esta pequeña astucia, se hicieron algunos comentarios, no faltando quien dijera: «Así ha obrado siempre y en todo; le falta valor para hacer las cosas de frente y apela a los ardiditos; por fortuna ya es tan conocida su conducta que a nadie engaña; quizás desearía saludar y un resto de pudor se lo impedia ó creyendo que no debía hacerlo, no ha querido arrostrar las consecuencias de quedarse con el sombrero puesto.»

No alejamos a ver el personaje, que no nombraron, y no teniendo noticias de que ninguno habitaba en aquellas casas más que el Sr. Sagasta, que

puerta principal del ministerio de la Guerra y que traía a su frente, además de sus jefes naturales, a un general y un brigadier con sus ayudantes y escoltas, al oír la marcha real, mandó hacer alto y permaneció en columna.

No sabemos lo que en aquel momento pasaría por la cabeza del general, pues lo cierto es que en diez minutos nadie se movió, y aunque por un costado pasaron los hijos de D. Amadeo en coche de librea, no les hicieron caso: por fin aparece don Amadeo, y entonces, poniendo el general al galope su caballo, llegó a su costado y le saludó quitándose la leopoldina; el brigadier le siguió también y le saludó no sabemos cómo, los ayudantes y ordenanzas sacaron las espadas, y la banda y la música batieron marcha.

Fué este un momento delicioso: ¿dónde habrán aprendido estos señores semejante modo de hacer honores? ¿Por qué no desplegaron en batalla el regimiento, toda vez que hubo tiempo sobrado para ello? Estamos seguros de que, si el regimiento hubiera marchado sólo con sus jefes, hubieran pasado las cosas de otra manera.

Bueno sería que los que tienen que mandar en casos de esta especie tuviesen muy presente el capítulo de honores de la ordenanza general del ejército, para que cuando ocurran casos análogos hagan lo que deben hacer.

Aunque ya en estos tiempos nadie se admira de nada, y pasan las cosas más estapadas, bebiéndose la iniquidad como el agua, según la frase de la Escritura; no está de mas llamar la atención de vez en cuando hacia alguno de esos hechos escandalosos de mas bulto, sobre todo si se relacionan con la administración de justicia.

Sucede en un pueblo de la provincia de la Coruña que el juez municipal, interino a la sazón de primera instancia, dió de palos sencillamente, en virtud de alguno de los derechos individuales de que hoy gozamos al alcalde de la misma población. Malo era que las autoridades dieran tan funesto ejemplo; pero lo es grave que aunque se procede contra el juez apaleador, este sigue ejerciendo su cargo, sin oposición de nadie y con completa tranquilidad.

No necesita el hecho comentarios; esta es una muestra; por ella puede fácilmente inferirse el estado de anarquía normal en que vivimos.

Ignoramos que pasa en Málaga y si tiene algo que ver con esto la visita que varios ex-diputados y personas importantes de esa provincia hicieron ayer al ministro de la Guerra. Ello es que se ha dicho que los expresados señores exigieron del señor ministro que relevase con urgencia la guarnición de aquella ciudad.

Esperamos que *La Correspondencia de España* que todo lo sabe, competentemente autorizada, nos cuente lo que ocurre a las orillas del Guadalupe.

No sabemos cómo *La Epoca* pone en duda si será oficial el telegrama publicado por los gobernadores de que damos cuenta en otro lugar.

Tenemos a la vista el *Boletín oficial* de Cáceres y los de otras provincias que son literalmente iguales, y por si esta circunstancia no fuese bastante para disipar toda duda, el de Santander y algunos otros lo encabezan con estas palabras:

«El Excmo. señor ministro de la Gobernación, en telegrama que acabo de recibir, me dice lo siguiente:»

Las señas son mortales.

A cierto general que ha figurado en primera línea en el partido radical, se le ha echado el señor Candau para atraerlo al campo sagastino.

En la conferencia habida entre ambos señores se ha hecho por el segundo al primero el ofrecimiento de la capitana general de Cuba ó el tercer entorchado, a escoger.

Creemos que nada habrá conseguido el orador entusiasta del Circo; pero bueno es hacer constar que se trata de establecer de nuevo el mercado de las conciencias.

El domingo último se verificó la anunciada revista de los voluntarios de la libertad, cuyo objeto aparente fué darnos a conocer el caprichoso uniforme de comandante general de las fuerzas ciudadanas, ideado, al decir de las gentes, por el marqués de Sardoal.

Como este Madrid es tan novelero y como era domingo, mucha gente acudió al gratuito espectáculo por ver la novedad, aunque ya ofrece poca el marcial aspecto de los ciudadanos convertidos en soldados.

No sabemos la impresión que en otros haría la revista; en nosotros produjo dolorosa sensación, no por que nos recordase la de 1843, sino por el aspecto de la concurrencia, que más mostraba curiosidad que entusiasmo, más indiferencia que animación.

La revista, cuyo objeto era conocido, ha sido para determinados intentos, un *comp manqué*, aunque no lo haya sido para el hábil sastre del joven marqués de Sardoal.

Una de las particularidades que más llamaron la atención el domingo al pasar D. Amadeo y su comitiva por la calle de Alcalá con dirección al Prado, fué lo ocurrido en un cuarto segundo de la casa donde está el café de Fornos.

Es el caso que habiendo estado asomado a un balcón un personaje muy conocido en Madrid, más de una hora antes de la llegada de D. Amadeo con el sombrero puesto, tan luego como éste apareció por la Puerta del Sol, entró en la habitación y volvió a salir al balcón sin sombrero, y así permaneció hasta que pasó la comitiva, volviendo a encasquetarse tan luego como ésta desfiló.

Entre los muchos curiosos que allí había y para quienes no pasó desapercibida esta pequeña astucia, se hicieron algunos comentarios, no faltando quien dijera: «Así ha obrado siempre y en todo; le falta valor para hacer las cosas de frente y apela a los ardiditos; por fortuna ya es tan conocida su conducta que a nadie engaña; quizás desearía saludar y un resto de pudor se lo impedia ó creyendo que no debía hacerlo, no ha querido arrostrar las consecuencias de quedarse con el sombrero puesto.»

No alejamos a ver el personaje, que no nombraron, y no teniendo noticias de que ninguno habitaba en aquellas casas más que el Sr. Sagasta, que

dicen no estaba en el balcón, nos quedamos sin poder satisfacer nuestra curiosidad. ¿Quién será?

La popularidad de D. Amadeo se va acentuando más cada día.

El entusiasmo que produjo en el día de la revista de la Milicia ciudadana fué tal, que al pasar después del desfile por bajo de los balcones de la casa del Sr. Sagasta, el Sr. ministro de Estado y otras varias personas que le acompañaban no se acordaron de llevar la mano a los sombreros para saludarle.

Tal vez, como en los mismos balcones había señoras, no lo hiciesen por temor de que estas se constipasen.

La higiene es el mayor enemigo que tiene el entusiasmo.

En el discurso que pronunció Mr. Thiers el viernes en la comisión del proyecto de ley Lefranc, nos hizo mérito de la reserva hecha por la comisión en favor de las discusiones constitucionales, dando a entender que aceptaría el art. 1.º del proyecto modificado, siempre que los decretos y las resoluciones de la Asambleas que son constitutivos del gobierno actual fueren mencionados.

En cuanto al art. 2.º declaró que no podía pasar sin él, haciendo notar que el estado de sitio en las actuales circunstancias era indispensable, tratando por último de demostrar que la supresión de este artículo sería equivalente a privarle de toda autoridad, pues permitiría eludir la ley en lo que tiene relación con el régimen de la prensa.

Mr. Thiers aprovechó esta oportunidad para hacer un elogio del ejército; manifestando el buen efecto de los acuartelamientos. «El ejército, dijo, garantiza completamente el orden material. En cuanto al moral, su restablecimiento es obra del tiempo, y el gobierno nada puede hacer en el asunto.»

El presidente de la república reconoció en su discurso que si gobernaba bien, su buen éxito favorecería a la forma republicana que recibió en depósito; pero que a pesar de ello no se le puede pedir que gobierne mal; que no pide a la Asamblea que dé el menor paso hacia adelante la república; pero le ruega que no dé tampoco el menor paso hacia atrás.

Cuando la obra del Gobierno esté terminada, la Asambleas, dijo, contará por la forma de gobierno que mejor le convenga. Entretanto es preciso hacer respetar lo existente.

La mayor parte de los diarios de París opinan que el lenguaje de Mr. Thiers, excesivamente moderado, ha causado muy buen efecto en la comisión.

Esta debía reunirse el 9 para deliberar acerca del discurso de Mr. Thiers, y para oír el dictamen de Mr. Rivard acerca de la ley contra la prensa.

Segun un telegrama de Versalles que insertamos en el lugar correspondiente, la comisión se niega a variar el artículo 1.º de la ley Lefranc; pero está dispuesta a una avariencia para variar el texto del segundo.

Seguimos creyendo que después de todo no podrá resultar acuerdo entre la comisión y el Gobierno, pues es de presumir que pasada la primera impresión, solo se habrá visto en el discurso de monsieur Thiers el deseo de que continúe la interinidad a lo que se opone la opinión pública.

El último número del *Bulletin de la réunion des officiers* publica la lista de las personas que se han adherido nuevamente. El primero que aparece inserto es el duque d'Aumale, a cuyo nombre siguen estas palabras: *General de división.*

No sabemos si esto será una mera galantería de parte de la redacción del *Bulletin de la réunion des officiers*, ó que al fin figurará ya en el cuadro de oficiales generales del ejército francés el duque d'Aumale.

Hasta ahora a lo menos el decreto no ha aparecido en el *Journal officiel* de Versalles.

Con motivo del apazamiento del debate sobre las peticiones relativas a la Santa Sede, háse hablado en París de un despacho dirigido por el cardenal Antonelli al obispo de Orleans monseñor Dupanloup, destinado a evitar los escrúpulos de conciencia de los diputados católicos de la Asamblea francesa.

*La Patrie* se hizo eco de estos rumores; pero el siguiente telegrama, que publican *L'Union* y *L'Univers*, los desmienten de una manera categórica:

La versión que *La Patrie* acerca de la carta del cardenal Antonelli a monseñor Dupanloup, referente a las peticiones de los católicos, es completamente falsa. La Santa Sede no dispensa ni pide cosa alguna. La nación francesa conoce perfectamente sus derechos y sus deberes de hija primogénita de la Iglesia.

Algunos diarios extranjeros han creído ver en la discusión que ha tenido lugar en la Cámara de los Señores, con motivo de la ley sobre la inspección escolar, un principio de oposición al príncipe de Bismarck.

Por más que recientes telegramas anuncien que la ley ha sido sancionada tal como fué votada por la Asambleas, no creemos que el asunto tenga la importancia que ha querido prestarle una parte de la prensa francesa.

Lo que sí creemos es que en Francia hay gran disposición a exagerar ciertos incidentes de la política extranjera, apreciándolos más bien bajo el punto de vista de los deseos de aquella nación que en el que tienen en realidad.

*La Liberté* a última hora publica el siguiente telegrama sin comentarios, pero sin desconocer su gravedad:

Roma 8 de Marzo de 1872.—Mr. Harcourt vuelve a París.—Habiendo sido nombrado Mr. Fournier ministro de Francia en Italia, Mr. Harcourt ha resuelto presentar su dimisión.

El sábado se recibió el siguiente telegrama de Gerona:

«Toda la parte baja de la ciudad inundada por el desbordamiento del Ona, el Ter y el Galligans. Ninguna desgracia personal, por las medidas adoptadas, si bien hay algunas pérdidas de consideración, tanto en los campos como en la ciudad.»

El gobernador, detenido e incomunicado en Torruella de Montgrí, hace cuatro días.

El telegrafo, interceptado por la línea de Barcelona. A esta hora sigue la crecida de las aguas, que han inundado las casas consistoriales, cerca de metro y medio de altura. El ayuntamiento, en sesión permanente desde la una de la noche.

Han sido nombrados primeros jefes de los batallones provinciales los tenientes coronales D. Carlos Díaz, del de Jaén; D. José Rodríguez, del de Badajoz; D. Manuel Hidalgo, del de Sevilla; D. Agustín Salinas, del de Burgos; D. Luis Alemany, del de Lugo; D. Federico Guerra, del de Granada; D. Miguel Fernández, del de León;

D. Calisto Juanera, de Oviado; D. Diego Pintos, de Córdoba; D. Manuel Sabater, de Murcia; D. Pedro Horna, de Badajoz; D. Pedro González, de Ciudad-Rodrigo;

D. Faustino Armijo, de Logroño; D. José Parera, de Soria; D. Manuel Rivera, de Orense; D. Evaristo Rubin, de Santiago; D. Cayo Lagana, de Pontevedra; D. Miguel del Pino, de Tuy; D. Manuel Arzáiz, de Betanzos;

D. Patricio Brai, de Málaga; D. Francisco Saurins, de Guadix; D. José Ossado, del de Ronda; D. Ramon Campuzano, del de Cuenca; D. Pablo Mariñel, del de Salamanca; D. Gregorio Tabares, del de Alcazar de San Juan; D. Ignacio Aznar, de Lorca; D. Bernardo Alberti, de Valladolid; D. Alejandro Montoya, de Mondoñedo;

D. Alejandro de Benito, de Toledo; D. José Baxedas, de Ciudad-Real; D. Juan Orozco, de Avila; D. Pascual del Real, de Plasencia; D. Juan Yoldi, de Segovia; D. Miguel de la Calleja, de Monterey; D. Calisto Zaforteza, de Mallorca; D. José Solís, de Cáceres; D. Mariano Navidad, de Cádiz; D. Antonio García, de Guadalupe;

D. Enrique Bargas, de Zamora; D. Antonio Suarez, de Santander; D. Manuel Mendigacha, de Albacete; don Salvador Monzo, de la Coruña; don Francisco Castella, de Madrid; D. Rafael González, de Palencia; D. Bernardo Parra, de Hueva; D. Vicente Fernandez, de Almería; D. Santos Pons, de Baeza; D. José Caballero, de Barcelona; D. Angel Chacon, de Valencia; D. Francisco Gomez de Llerio; D. Pascual San Juan, de Alicante;

D. Aureliano Esteban, de Tarragona; D. Angel Carmona, de Castellón de la Plana; D. Manuel Sieniz, de Pamplona; D. Liborio Trápita, de Huesca; D. Carlos Navas, de Zaragoza; D. José Saiz, de Teruel; don Andrés Zarza, de Girona; D. José Navarro, de Alcaiz de Henares; D. Blas Iriarte, de Aranda de Duero; D. Clemente Lopez, de Talavera; D. Francisco Fuentes, de Mourierte; D. José Salgado de Astorga, D. Manuel Almadó, de Canas de Tineo; D. Juan Emelini, de Canas de Oñis; D. Demetrio Conjejo, de Tudela; D. Manuel Labarra, de Calatayud; D. Juan Muñoz, de Alcañiz;

D. José Mame, de Vich; D. Pedro Teruel, de Mañresa; D. Pedro Rehevarría, de Tortosa; D. Vicente Rodríguez, de Jativa; D. Benigno Garvías, de Hellín; D. Manuel Lecea, de Segorve; D. Manuel Fernandez, de Orihuela;

D. Ignacio García, de Andujar; D. Gustavo Ceballos, de Carmona; D. Ignacio Vicent, de Lucena; D. Emilio Chacon, de Algeciras, y D. Eleuterio del Mazo, de Lleida.

Señalamientos para hoy 12.—Caja de Depósitos.—Intereses de depósitos en efectos públicos, segundo semestre de 1871, números 3.168 al 3.200 de señalamiento.

Tesorería Central.—Cupon de bonos vendidos en Diciembre último, 811 a 840.—Bonos amortizados en 27 de Diciembre último, 30 y 31.—Billetes del Tesoro vendidos en Octubre, 335 a 350.

Deuda pública.—Carpeta de presentación de cupones de la renta perpetua interior, 3.725 a 3.757.

SECCION OFICIAL.

(Gaceta del domingo).

Por el ministerio de Ultramar se publica una real orden, fecha 7 de Marzo, en la que se manda proveer las diez escuelas municipales de niños y seis de niñas, vacantes en la capital de la isla de Cuba, según su respectiva categoría, a saber: las de término en maestros normales y maestras superiores; las de ascenso en maestros y maestras superiores que aspiran a plaza de dicha categoría, y las de entrada en maestros y maestras elementales que aspiran asimismo a plazas de esta última categoría.

A continuación publica los nombres de los agraciados.

Con fecha 10 de Marzo inserta también la *Gaceta* la notable circular, que transcribimos a continuación.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

CIRCULAR.

Después de la circular de 21 del mes último, completamente franca en la significación de los propósitos y en la enérgica resolución del ministerio de respetar y hacer cumplir las leyes, presidiendo con severa imparcialidad las elecciones próximas, creía ya el ministro que suscribe no tener necesidad de volver a dirigirse a V. S. para repetirle sus instrucciones.

Un hecho sin embargo tan incomprensible en sí mismo como injustificado para un gobierno que, esclavo de la ley, no se ha propuesto sino defender el depósito del poder público confiado a su honor por la voluntad del monarca; hecho que ha venido anunciándose con sorpresa general se ha visto al fin convertido en realidad desconsoladora con general reprobación de la opinión pública. La coacción de todos los elementos que sueñan con la pérdida de nuestras preciadas conquistas, y de algunos mal aconsejados que se llaman amos de las instituciones, ha venido a sorprender los ánimos con su aparente fuerza, y constituye un acto sobre el cual no sería lícito al gobierno guardar silencio.

En medio del tumulto de las pasiones de los partidos coaligados y de la prematura jactancia con que aspiran a impresionar el sentimiento público, augurando un éxito feliz para sus planes, que atraerá con la ruina del edificio constitucional una serie de incalculables males para la aflicta patria, necesario es que se deje oír la voz firme y reposada del Gobierno, que uno en su pensamiento y en sus aspiraciones, y sólo ambicioso del cumplimiento del deber, abraza la confianza de cumplir honradamente su misión sin salirse de las leyes y respetando la libertad de todos, para presentarse más tarde tranquilo ante la representación nacional a dar cuenta de sus actos.

Ya comprenderá V. S. que el Gobierno no ha de descender a vindicarse de los cargos que la pasión y el odio furor de los partidos formulan en su contra; ni ha de volver a repetir que la fusión de los elementos que vinieron a componer esta situación es una verdad, ha poco solemnemente ante el pueblo de Madrid evidenciada. Así lo proclamó desde el primer instante; así lo comprobó su marcha uniforme desde el día de su constitución, y el tiempo demostrará cuán en vano pretenden excusarse odiosos y reprobados concertos, suponiendo antagonismos y encontradas tendencias en el seno del ministerio.

El país ha de juzgar en breve a todos. De un lado verá unidos en una obra de demolición y de ruina a los representantes de la monarquía histórica y de la república federal; a los que aspiran a vergonzosas restauraciones, y a los que contribuyeron a traer y a fundar el actual orden de cosas. Del otro apreciará la identidad de doctrina y de un Gobierno que aspira a conservar la Constitución del Estado; a defender las instituciones; a escudar la dinastía contra toda clase de ataques de sus enemigos jurados; a garantizar la libertad y a hacerla práctica y fecunda; a inspirar confianza y a asegurar la



paz pública y el ejercicio regular y ordenado de los sagrados derechos que, premio del heroico esfuerzo de la nación, se hallan establecidos en el Código fundamental del Estado.

«Frente a esa reunión de odios infundados, 6 mejor dicho, hostiles al bien público, el Gobierno, que no defiende la posesión del poder, cuya responsabilidad siente y cuyo halago desconoce, levanta muy alto la bandera de la legalidad, e invita con su conducta a agruparse a la sombra de nuestras queridas instituciones a toda opinión recta e imparcial, a todos los intereses legítimos, a todos los que no quieren librarse al éxito dudoso de azares y de sucesos desconocidos la suerte y el porvenir de la nación.

No somos, ni mucho menos queremos aparecer en este momento, solemne animados de estrechas miras y de espíritu pequeño, como representantes de algún partido; sino como los depositarios del poder que, fuerte y pronto a frenar los enemigos del público reposo, quieren apoyarse para cumplir su encargo y sus deberes, en el concurso de todos los hombres honrados, de todos los elementos sociales, de todas las fuerzas vivas de esta Nación que lealmente aspiran a realizar doctrinas hijas de leales convicciones, acatando la dinastía y la Constitución que el pueblo español en uso de su soberanía se ha dado, y que son la indiscutible base para cimentar todo progreso y alcanzar los bienes y ventajas con que brinda a los pueblos modernos la vida de la libertad y del derecho.

«Amadísimo, pues, el Gobierno de tales sentimientos, y confiando en la senectez y cordura de la opinión pública, en la que desea inspirarse siempre; resuelto a no divorciarse de sus justas exigencias, espera que V. S. se ocupe y se preocupe de traducir fielmente en su conducta estos sus firmes y patrióticos deseos. Que no turben sus ánimos las impetuosas amenazas de las oposiciones; que sus injusticias no alteren la digna imparcialidad que deben revestir en todos casos los representantes de la autoridad; que sean la mesura y la prudencia de su proceder síntoma y prueba ostensible de la confianza que el Gobierno abriga en su conciencia, por el sentimiento de su fuerza y por la simpatía de todos a que reprobaban actos como esa coalición, con tenidos por la moral, y que a veces han dejado doloroso rastro en la historia. Hoy por ventura es prenda de seguridad contra sus faustas consecuencias, el dudar con que responde la opinión a los esfuerzos de los que vanamente pretenden agitar el país, y aquella confianza que el Gobierno tiene en su causa y en sus medios es la que desea V. S. acierte a inspirar, con su proceder franco y resuelto, a todos sus gobernanos.

En el escrupuloso respeto a la ley adquirida V. S. energía, decisión y autoridad para imponer a los que pretendan hollarla, y desafiando gratuitos cargos e imputaciones calumniosas, llevará a todos los ánimos el firme convencimiento de que el Gobierno defenderá las leyes que ha jurado, y las hará cumplir y obedecer, tanto más inflexiblemente, cuanto más dispuesto se halla a dar ejemplo de su respeto a las mismas y de escrupulosa solitud en el cumplimiento de sus deberes.

En suma: contra la bandera de la coalición en que ningún partido se atreve a escribir sus aspiraciones, el Gobierno tiene desplegada su clara, grabado en ella con salientes caracteres su elocuencia y su espíritu: *Libertad, Constitución de 1809, dinastía de Saboya e integridad del territorio nacional*. El triunfo de la coalición no puede menos significar la lucha de las pasiones desencadenadas de partidos incompatibles que mortalmente se aborrecen; y esa lucha solo puede empeñarse sobre la ruina de las instituciones, y del orden social, de la hacienda pública y de la fortuna privada, del crédito, del comercio, de la industria y del trabajo. A salvar tan sagrados o jets, condiciones indispensables de vida y de prosperidad, lo mismo para los individuos que para las naciones, aspira el Gobierno. Que al país, acudiendo libremente a los comicios, opte entre el orden social, defendido por los mantenedores de las instituciones, y la anarquía y el caos que le ofrecen para el momento mismo de su victoria los partidos coaligados. ¡Juez imparcial, aunque no indiferente, del campo, V. S. mantendrá a toda costa la libertad del sufragio. El gobierno, sereno en su puesto, ni por un momento duda ni abandona la confianza de que serán nulos y estériles los esfuerzos y ataques contra personas e instituciones que son el escudo de la sociedad; pero es de su deber, y lo cumple sin vacilaciones, apelar y pedir concurso a todas las clases y a todos los intereses fundamentales del país para que no permanezcan inactivos e indiferentes en la próxima lucha electoral, que, como todas las de su clase en pueblos libres, viene a resolver sobre las más graves cuestiones; cuestiones que a todos directamente interesan y afectan de cerca por la indisoluble armonía y sublime consorcio que hace solidarios los intereses y conveniencias de todos los individuos y de todas las clases con el bienestar público, la libertad política y el orden social.

De orden de S. M., y por acuerdo del Consejo de ministros, lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes. Madrid 10 de Marzo de 1872.—Sagasta. —Señor gobernador de la provincia de... (Gaceta de ayer).

Por el ministerio de la Guerra, en decreto de 9 de Marzo, se nombra oficial de la clase de segundos del ministerio de la Guerra al coronel de infantería D. Juan Alvarez y Rivalero, en la vacante que resulta por ascenso a brigadier de D. Teodoro Sagasta y Antón.

Por otro del ministerio de Hacienda, de igual fecha, se dispone que la secretaría de dicho ministerio se compona de los empleados siguientes:

Un secretario, jefe superior de administración.

Un oficial mayor, jefe de administración de primera clase.

Un oficial primero, jefe de administración de segunda clase.

Tres oficiales segundos, jefes de administración de tercera clase.

Tres oficiales terceros, jefes de administración de cuarta clase, uno de ellos letrado.

Y los auxiliares que determine una disposición especial dentro de la cantidad presupuestada.

Por otros de la misma fecha se nombra oficial primero del ministerio de Hacienda, con la categoría de jefe de administración de primera clase, a D. Cayetano Sánchez Bustillo, que lo es primero del mismo ministerio, con la categoría de jefe de administración de segunda. Oficial letrado del ministerio de Hacienda, con la categoría de jefe de administración de cuarta clase, a D. Manuel Alvarez Capris, auxiliar jefe de negociado de primera clase del mismo ministerio. Archivero bibliotecario del ministerio de Hacienda, con la categoría de jefe de administración de cuarta clase, a D. Indalecio Morales Septien, auxiliar jefe de negociado de primera clase del mismo ministerio, y oficial del ministerio de Hacienda, con la categoría de jefe de administración de cuarta clase a D. Francisco de Laiglesia.

Por otro de igual fecha se dispone:

Artículo 1.º El cuerpo de inspectores de Hacienda queda reducido a tres inspectores generales, tres inspectores y cuatro subinspectores, los cuales se refunden en las Direcciones generales de Contabilidad, Aduanas, Rentas, Contribuciones, Tesoro y Propiedades del Estado, ejerciendo en ellas las funciones de segundos jefes y de jefes de Sección.

Art. 2.º El ministro, por sí o a propuesta de las Direcciones generales, dispondrá las visitas que hayan de

girarse, y designará el inspector que las haya de ejecutar, nombrando a la vez el empleado 6 empleados de la Administración central 6 provincial que hayan de acompañar a aquel o auxiliares.

Art. 3.º Los inspectores se entenderán con el ministro cuando practiquen visitas dispuestas directamente por este, y con los respectivos directores generales cuando las visitas hayan sido propuestas por ellos. En todo caso deberán dar directamente cuenta al ministro de todo asunto que en su concepto lo merezca.

Art. 4.º Los inspectores segundos jefes tendrán en las Direcciones las atribuciones siguientes:

1.º Intervenir las cuentas de gastos del material de la Dirección.

2.º Formar parte de la Junta de subasta de todos los servicios públicos que en su ramo se contratan.

3.º Tener conocimiento de todas las órdenes y comunicaciones oficiales que se reciban en las Direcciones, excepto las que tengan carácter reservado.

4.º Poner en conocimiento del director las faltas de cualquier clase que note en la oficina central y en las demás dependientes de su ramo, corrigiendo por sí las leves, y adoptando en los casos urgentes las disposiciones oportunas, dando cuenta inmediatamente al Director.

Art. 5.º Los inspectores segundos jefes serán necesariamente oídos, y habrán de dar dictamen escrito y razonado en los casos siguientes:

1.º En los expedientes de calificación de aptitud, servicios y faltas de los empleados de su ramo.

2.º En los de aprobación de cuentas y gastos de cualquier especie y en los que versen sobre devoluciones que haya de hacer el Tesoro.

3.º En los de aprobación de subastas y contratos.

4.º En los de aclaración, interpretación 6 modificación de cualquier artículo de las instrucciones, reglamentos, Ordenanzas, tarifas, aranceles y tipos de imposición, y en los de cualquier medida 6 propuesta de interés general.

Art. 6.º Los inspectores, cuando practiquen visitas, tendrán todas las atribuciones que les asignan los reglamentos vigentes, siempre que no estén en contradicción con lo preceptuado en el presente decreto.

Art. 7.º Para ser nombrado en lo sucesivo inspector general, es necesario haber servido a lo menos 10 años el ramo a que se haya de asignar, 6 20 en las demás de Hacienda pública, y haber desempeñado por espacio de cinco años plazas de jefe de Administración. En los ramos que se rigen por reglamentos especiales, la plaza de inspector general se considerará la primera del cuerpo y término de carrera; por lo tanto, para optar a ella es circunstancia indispensable pertenecer al mismo cuerpo.

Para ser nombrado subinspector, es necesario haber servido a lo menos cinco años en el ramo a que se destine, 6 15 en las demás de Hacienda pública, y haber desempeñado plazas de jefe de Administración tres años a lo menos. Para ser nombrado subinspector, es necesario haber servido a lo menos tres años en el ramo a que se destine, 6 10 en las demás de Hacienda.

Art. 8.º Quedan derogadas todas las disposiciones no legislativas que traten de los inspectores de Hacienda en cuanto se opongan al presente decreto.

Por real orden de 9 de Marzo se destina a la Dirección general de Contabilidad, a los inspectores de Hacienda D. Pascual de Altolaquirre y D. Ramon Oliveros.

A la de Aduanas, al inspector general D. Pablo de Santiago y Perminon.

A la de Rentas, al inspector general D. Mariano Sanz y al subinspector D. Sergio Suarez.

A la de Contribuciones, al inspector general D. Fernando Miranda y Pascual y al subinspector D. Lorenzo Hernandez.

A la del Tesoro, al subinspector D. Faustino Hernandez.

Y a la de Propiedades y Derechos del Estado, al inspector D. Juan Morales y Serrano y al subinspector don José Oregan y Navas.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Y por decreto de la misma fecha se declaran cesantes por reforma y con el haber que por clasificación les corresponda, a D. José Plácido Sanson y D. Donato Lorenzana, inspectores de Hacienda; y a D. Manuel Blanco de Robles, subinspector del mismo cuerpo.

Hé aquí el juicio que la última obra sagastina merece a los periódicos de la noche.

La Política dice que puede llamarse a la circular el proceso de la coalición y examina los elementos que el Gobierno cuenta para combatir, que no pueden ser otros que los conservadores.

Partiendo de este supuesto y tomando en cuenta que el Sr. Sagasta da a elegir al país entre los que llama defensores del orden y el caos que vendría si la coalición llegase a triunfar, hace estas consideraciones:

«Seguramente la elección no es dudosa entre ambos extremos, dado el santo y natural horror que inspira la anarquía a todo el que tiene algo que perder y no está reducido a la condición de esos terribles mercederos de la ribera del mar, que invocan la tempestad y siguen luego sus progresos con creciente ansiedad, viendo cómo el mar lucha contra las olas hasta que se rompe en la roca y sus despojos van flotando a saciar la codicia de aquella gente empedernida, que roba y asesina en vez de socorrer a los miserables naufragos; cerca de cuatro años viviendo en esa anarquía, brava unas veces y otras mansa, no han bastado para que se acortumbren a ella las clases conservadoras; lejos de esto, cada día la execración es mayor y más grande el deseo de ver al fin restablecido el imperio de la legalidad, reintegradas las autoridades en el respeto que se les debe y seguros los ciudadanos de su vida y de sus bienes, en vez de estar a merced de saqueadores y revoltosos que los van liquidando poco a poco, mientras llega el gran día de la liquidación social, el día del reparto igualitario que los internacionalistas anuncian y preparan, sin darse un arde de las circulares y protestas de los gobiernos; pero esta experiencia ha hecho escépticos a los conservadores y no se fían ya de palabras sino que quieren algo más eficaz: leyes y actos de gobierno, por ejemplo.

Después de copiar el delicioso párrafo en que el ministro de la Gobernación suscribe los horrores de la coalición y muestra el iris de paz en la conducta y aspiraciones del Gobierno, dice *El Tiempo*:

«Tiene el Sr. Sagasta, tienen los revolucionarios de Setiembre autoridad para decir eso? Los que por todo atropellaron, los que derribaron cuanto creían les estorbaba, los que han desalojado a España, pueden echar en cara a los que ellos mismos hicieron, sin consideración de ninguna especie y sin más pensamiento que el afán de apoderarse del poder?

Pero el país se conoce, y de vosotros se aparta. Vosotros triunfasteis acaso por la violencia en la próxima lucha electoral, y no por eso estareis menos solos: no por eso tendréis un átomo más de fuerza: no habreis conseguido sino dar un paso más por el camino de vuestra ruina. Ya ha sonado la hora para la revolución de Setiembre; y los que pretendáis defenderla, caeréis envueltos en sus ruinas.

El país se conoce, repetimos; ha de permanecer sordo a vuestras voces y no ha de dar importancia a vuestras promesas. Abandonados de las clases conservadoras que no os prestan su valioso apoyo, y separados por ambición del elemento revolucionario más popular, estais condenados a acabar con ella y a facilitar necesariamente el triunfo del orden, con el de la legitimidad y del derecho.

La Esperanza se expresa en estos términos: «Ya tenemos al gobierno en plaza. La coalición, a la que dice que desprecia, y en cuya derrota asegura que confía, le ha hecho hablar; le ha hecho descender de la altura en que, si no moral, materialmente está colocado, y descender al terreno en que se mueven los partidos que, no queriendo ser aplastados en detalle por la influencia oficial, tanto más poderosa, cuanto menores son los scrúpulos de quien de ella dispone, se unen y conciertan para la lucha electoral, en la que va a librarse el porvenir de la patria. El gobierno ha podido callarse, ha podido negarse a recoger el guante que le arrojaron las oposiciones, y no lo ha hecho: este es el primer triunfo que la coalición electoral de los que combatimos al ministerio ha obtenido sobre la coalición de los partidos gobernantes en la actualidad.»

El Debate disculpa de la manera que puede la mania circular que se ha apoderado de las cabezas ministeriales, imprimiéndoles un movimiento de rotación que disculpa el mareo vertiginoso de que se hallan poseídos.

Está el colega completamente de acuerdo con las ideas del gobierno; y por si todavía hay algún elector reacio que se niega a ir a las urnas a pesar de los ofrecimientos del Sr. Sagasta, apela al último y ha gastado recurso de soñar un diputado filibustero en cada coaligado.

Por lo inocente (no queremos calificarlo de otro modo), merece ser conocido el aria final de contrabajo que canta *El Debate*:

«Pues bien, dice el cantor ministerial, esa escuela es la que ha conseguido arrastrar a una coalición vergonzosa a los partidos disolventes; esa escuela, a pesar de lo exiguo de sus fuerzas materiales y de su importancia moral es la que impone su opinión y la que da el tono a los coaligados; y las consecuencias de su triunfo serían infaliblemente la pérdida de las Antillas y el rebajamiento de España hasta potencia de cuarto orden, que no en valde circular ya por muchos distritos electorales nombres y elementos directamente relacionados con los filibusteros de Nueva-York y con los insurrectos de la Manigua.»

El Pensamiento Español aprecia las intenciones del Gobierno en esta forma:

«No, no lograrán las circulares del Sr. Sagasta convencer al pueblo español de que tendrá paz y reposo apoyando a este Gobierno. Esta manera de pedir el voto para los candidatos ministeriales no producirá efecto: por eso los gobernadores, que saben muy bien a qué atenerse, no dejarán de apretar desesperadamente todos los tornillos y resortes de la máquina electoral, como ahora se dice, teniendo en cuenta las necesidades de la situación; y aunque este Gobierno declara, como todos, que desea que la ley se cumpla y que el sufragio sea libre, hemos de ver, si Dios no lo remedia, muchas y grandes cosas en las elecciones, dado el patriótico deseo de vencer a todo trance, que tiene el ministerio para salvar la sociedad.»

Sección de Provincias. Escriben de Valencia que varios agentes electorales recorren los distritos de provincia haciendo pomposos ofrecimientos en nombre de ciertos candidatos que se dicen o son ministeriales. Los ayuntamientos y pueblos deben tener muy presente que es táctica antigua de los gobiernos, terminada una elección, cambiar a los gobernadores, que de esta manera no se ven obligados a cumplir los compromisos que para triunfar pudieran contraer.

Leemos en *El Tradicional* de Valencia del domingo: «Animada estuvo anteanoche la sesión que celebró la tertulia radical de esta ciudad. Hablaban los señores Figueroa, Echegaray, Soriano Placent, Castells y García Montfort. El Sr. Echegaray se manifestó decidida-

mente partidario de la coalición de todas las oposiciones para combatir a un gobierno inmoral.

La concurrencia era inmensa.

La reunión que hoy tendrá lugar, como en otra parte decimos, no se celebrará en la Universidad, sino en el teatro-café del Circo.

Segun nos dicen de Vinaroz, los trabajos para las próximas elecciones en aquel distrito están muy atrasados, ya que aun no se ha indicado nada de candidatos, tanto opositores como del gobierno.

En la misma población se desató la noche del 6 tan fuerte tormenta, que hizo temer por la seguridad de los buques anclados en el puerto. Por fortuna la tempestad cesó pronto, sin que se tuviese que lamentar otra cosa que la consiguiente alarma que produjo a los habitantes.

## VARIEDADES.

### REVISTA DE LA BOLSA.

¡Otro martes mañana! Todos los días nos parecen martes segun la velocidad con que para nosotros resbalan las semanas y se precipitan hasta perderse en el insondable abismo del tiempo.

No hay remedio, es necesario abordar la cuestión, salir del compromiso embarrando algunas cuartillas que cubran, aunque sea con harapos, el descarnado esqueleto de estas Revistas.

Pasemos a la memoria a ver si entre sus manudos pliegues hallamos algo utilizable... Nada, nada se esconde en ellos que tenga ni remota conexión con el arido asunto que venimos estrojuando hace dos meses.

Leemos de nuevo los apuntes de nuestra cartera... Casi nada tampoco pertinente. Budas en Palacio sin almuero, bases acordadas para la coalición, novisimos anuncios de crisis ministerial, planteado el problema de fuerza, letrados que se mandan borrar y se borran porque el tiro salió por la recámara, entusiasmo, mucho entusiasmo en el antiguo teatro de los Bufos y gran parate en el Prad de las fuerzas ciudadanas, con desfile y vivas de ordenanza. Esto es lo único que los susodichos apuntes registran.

Habría que asirse de un cabello. Yengan los boletines de la Bolsa y estudiándolos y desmenuzándolos bien, puede que... Pero, Dios mío, si son tan anodinos! Prosa, todo, prosa prosa, simétricos renglones, cifras compuestas con los guirrimos del cero al nueve y siempre lo mismo, siempre la impasible y acusadora estatua del Comendador.

Si nos fuera al menos permitido, clara y directamente, hablar un tantico de administración, de hacienda 6 de política! ¡Oh! entonces...

De política, vasto arsenal de todas armas, omnibus de palabras, diccionario chino de interminables volúmenes en que cada frase representa un grupo de ideas y cada idea un extravío de la razón, ó un pensamiento sublime convertidito.

Ensayémoslo en este género de literatura y subrepticamente, ó a cencerros tapados como los contratos de Figueroa y compañía, introduzcamos aquí algunos párrafos que si en ellos no repara el bondadoso director de *El Eco*, de sus quejidos modo con un chemoisido sorprendidos podrá escapar del duro trance en que le colgamos.

Pero huyamos de lo de actualidad, por temor de sufrir una decepción en nuestros amorosos delirios a los derechos individuales, y elevándonos a mas serenas regiones, formémosnos un mundo a nuestro gusto y escribamos... escribamos sobre política árabe.

Era un reino feo e independiente (como la España de Mariana) y ese reino estaba gobernado por instituciones seculares que no habían podido comover ni el fiero empuje de las modernas utopías, ni el pernicioso ejemplo de las tribus vecinas.

Revoltosos marcanes, que más de una vez obtuvieron la confianza y los favores de la majestad imperante, ligáronse, aun antes de promulgarse la ley sobre matrimonio civil, en nefando complot con los enemigos de Dios y de los reyes; y alzándose en intrigas y en guerra contra el poder establecido en los dominios de nuestro cuento, consiguieron que se les dejara libre el paso a sus inicuas y bastardas ambiciones.

Faltaba el coronamiento al edificio sellado con sangre de leales; más insegura la base y torpes los operarios, no se encontraba el hombre que a la cúspide quisiera subir para poner en ella la última piedra ó el signo de que las aguas quedaban recogidas.

Al fin un jóven moro, tambien de estirpe negra, seducido por la tentación de verse tan alto, aceptó el peligroso encargo, y encaramándose por el improvisado y deleznable andamio de podridas maderas, ascendió y allí permaneció sin atreverse a cumplir su misión ni a bajar encarnizado por los mismos que a elevarle le impulsaron.

Esto es, compendiosamente expuesto, el tema que desearíamos desarrollar, el argumento del drama, sin catástrofe por hoy, que nos servirá de punto de partida y los materiales que aprovecharemos en el artículo de política convencional que comienza.

¿A dónde vais, desdichados musulmes, renegados impenitentes del Corán de la honra y de la decencia? ¿Dónde vais arrastrando en pos de vuestras tenebrosas maquinaciones al inesperto mancebo que no os conocia ni os conoce, a quien engañais torpemente, a quien habeis colocado por azar a la cabeza de vuestras huestes mercenarias? Deteneos, y si un átomo de pudor y patriotismo resta en vosotros, perceptible a la brillante luz de la razón, oid, y estremeos, los enérgicos apostrofes de todo un pueblo indignado, amante de sus legítimos monarcas y de sus venerandas tradiciones.

V



